

# Elecciones locales y profundización de la democracia

Ante las elecciones locales del 6 de diciembre de 1992 la pregunta clave es si contribuyen a la profundización de la democracia y cómo lo hacen. En SIC hemos apostado por crear en Venezuela una cultura de la democracia, o sea, por hacer de ella algo más que un régimen formal de gobierno o una técnica para la escogencia de quienes rigen los destinos del Estado por algún tiempo. Deseamos la democracia como dimensión permanente de las relaciones sociales entre los venezolanos, como un rasgo de nuestra identidad nacional. Profundizar la democracia significa la doble tarea de multiplicar sus espacios sociales al mismo tiempo que se interioriza en las motivaciones y actitudes de cada uno de los miembros de la sociedad.

## Democracia responsable

Avanzar en democracia es dar pasos efectivos para que se establezcan relaciones responsables entre elegidos y electores. Hasta ahora, en lo que hemos conocido como "democracia", ha predominado la tendencia a sustituir al elector por quien lo representa. De esta manera se limita la participación del ciudadano al hecho mismo de emitir el voto y al elegido por el tiempo prefijado que dura en sus funciones. Además, en este modelo el papel del partido en la selección de los candidatos a cada uno de los puestos de representación es fundamental hasta el punto de que el elegido siente que debe rendir cuentas al partido más que al ciudadano que votó por él o, más bien, votó por el partido que lo presenta. Estamos habituados a un tipo de relación anónima entre elector y elegido, mediada (con frecuencia mediatizada) por el partido. Profundizar la democracia requiere, por consiguiente, transformar esa relación elector-elegido para convertir al segundo auténticamente responsable ante el primero y al conjunto de los gobernantes en responsables ante la ciudadanía (los miembros de la sociedad conscientes de su responsabilidad pública).

## Elecciones locales: ocasión democrática

Alcanzar una cultura democrática es una larga marcha, un proceso que puede durar varias generaciones hasta alcanzar su consolidación. Cualquiera marcha, por larga que sea, comienza por el primer paso y continúa con los siguientes. Nosotros hemos dado algunos pasos. La "crisis" que nos afecta fue, en un primer momento, detener la marcha. En este momento estamos ante el serio peligro de retroceder en el camino andado. Por eso, cualquier "salida" de la situación crítica que vivimos tiene que ser un paso adelante en el camino de la democracia. De lo contrario no es tal salida.

Una cultura de la democracia necesita de continuas experiencias de participación de la gente. Aunque continuamente hablamos de participación y proclamamos vivir en democracia hace más de treinta años, la realidad es que existen muy pocos espacios de participación en la vida cotidiana de un venezolano; ni siquiera a nivel familiar es "normal" la capacidad de compartir responsabilidades, comunicarse en los procesos de toma de decisión, manejar la información suficiente para sentirse parte del grupo, tener capacidad de negociar de tal manera que la decisión final no sea la imposición del más fuerte sino la más conveniente para el conjunto de los miembros de la familia, grupo o nación. Crecer en democracia sigue siendo, pues, un programa de largo alcance al que es necesario dedicarle muchos recursos en el presente.

Lo local adquiere una importancia radical en este marco. Hacer cotidiana la experiencia de participación democrática sólo es posible si se generan múltiples y variadas formas de organización en los niveles locales de las relaciones sociales. La gestión local de lo público permite una más directa relación entre los ciudadanos y sus gobernantes, crea las condiciones para lo que hemos llamado una mayor responsabilidad en el ejercicio de la democracia: unos gobernantes o representantes que dan cuenta de su gestión a unos ciudadanos que la exigen en función de que también han asumido su responsabilidad colectiva.

En este sentido las elecciones locales adquieren un significado específico. Sólo han sido posibles después de muchos años de implantado el sistema de partidos. La posibilidad de elegir uninominalmente los Gobernadores de Estado, los Alcaldes de Municipio y las dos terceras partes de los Concejales, ha sido el resultado de un proceso no sólo largo en el tiempo sino difícil políticamente porque a partir de allí se abren nuevos espacios de participación menos controlables con los métodos bien conocidos y perfectamente manejados por los partidos. Por sí mismas las elecciones no cambian la estructura centralizada del poder político en Venezuela, pero su realización es una presión nada despreciable que lleva en la dirección de acelerar en la práctica la descentralización real del poder, paso necesario en el camino de la profundización de nuestras relaciones políticas.

## Las elecciones del 6 de diciembre de 1992

El momento político en el que se van a realizar estas elecciones locales arriesgan su efectividad como paso hacia una mayor y mejor democracia. Formalmente representan un avance en cuanto a los métodos de elección: ha crecido el espacio de la uninominalidad, y los circuitos electorales acercan al candidato al elector. Los partidos defendieron su cuota al mantener la tercera parte de los Concejales y las planchas en las Juntas Parroquiales. Políticamente el sistema de partidos se encuentra hundido en una profunda ilegitimidad. El descontento generalizado de la población se manifiesta en un creciente escepticismo en relación a los partidos políticos, su dirigencia, el Sindicato, las Instituciones del Estado como el Congreso, el Poder Judicial y hasta las mismas Fuerzas Armadas. Estas elecciones pueden "pagar los platos rotos" de la ilegitimidad del sistema político siendo así que son la parcela más legítima porque en ellas han cristalizado aspiraciones y luchas democráticas de vieja data.

En las últimas semanas esta situación se ha agravado. La miope dirigencia de los grandes partidos sigue creyendo ciegamente en el poder mágico de los procesos electorales como modo de reducir las tensiones sociales y darle un nuevo alre al sistema. No terminan de reconocer lo profundo del descontento que lleva al rechazo cuyo origen es la ausencia de legitimidad política vinculada al momento final de un ciclo histórico de complejas implicaciones socioeconómicas. Por eso no dan pasos que lleven realmente a una transformación profunda de las relaciones que hacen posible el surgimiento de un nuevo proyecto colectivo para el futuro inmediato del país. Se aferran a lo que queda, con la ilusión de despertarse de una pesadilla. El Gobierno, por su parte, ha reducido su actividad política a un sólo objetivo: culminar el período en febrero de 1994, para lo cual parece que efectuar elecciones es útil, además de que para lograrlo están dispuestos a echar mano de cualquier medio, "guerra sucia" incluida. Quienes desde la oposición se trazan el objetivo contrario, es decir, que Carlos Andrés Pérez no culmine su período y ven cerradas las vías "legales" de hacerlo (Reforma Constitucional para el recorte del mandato, convocatoria a una Asamblea Constituyente, elecciones anticipadas...) y empujan hacia una insurrección civil, apoyada por los militares descontentos (que, por lo visto, abundan), sólo ven en las elecciones que se avecinan la ocasión para que la crecida abstención barra con los restos de legitimidad que le quedan al actual sistema de partidos. En fin, una situación en la que los espacios de negociación democrática se estrecha peligrosamente.

En estas condiciones unas elecciones locales adquieren una importancia nacional que transforma su significado y pueden convertirse en otro escenario de la lucha por dirimir los conflictos del sistema político. En estas elecciones esta mezcla de niveles locales y nacionales con problemas coyunturales y conflictos de fondo de las relaciones políticas, parece inevitable. Ante ello lo importante es no sólo percibir la diversidad de asuntos que están envueltos sino dar una respuesta proporcional a esa percepción. Lo que más daño puede hacernos es "polarizar" las posiciones en relación a estas elecciones, creyendo que en ellas se juega todo. No son el último chance del Gobierno y los partidos, ni tampoco la última oportunidad de "tumbar" al sistema. Ubicarse frente a este proceso electoral en términos dilemáticos contribuye a cerrar aún más los espacios de negociación democrática.

Se trata por tanto de participar democráticamente en uno de los espacios posibles que quedan. En ese sentido, la abstención le hace el juego a la "polarización" señalada. En términos numéricos favorece a las grandes maquinarias partidistas que "ganarán" la mayor parte de los puestos. En términos políticos sería apoyar al polo que piensa que transformar el sistema es desprestigiar todo camino electoral para preferir la vía de la fuerza. Por consiguiente, una primera conducta democrática el 6 de diciembre es participar en las elecciones. Si en la localidad en que uno va a votar no encuentra ninguna opción que satisfaga sus expectativas queda el recurso de votar nulo, con lo que rechazando la oferta partidista se afirma el deseo de mantener las elecciones como uno de los modos de participación ciudadana en las responsabilidades públicas.

Una de las ventajas de las elecciones locales es que se amplía enormemente la oferta electoral. Por eso, lo más democrático es no caer en el juego de "votar a ganador", sino expresar realmente la opinión propia favoreciendo a aquel(los) candidato(s) en el (los) que el elector se siente representado sin preocuparse de sus "posibilidades" de triunfo y pensando en fortalecer los lazos de responsabilidad entre gobernantes y gobernados.

La gran lección que la ciudadanía puede dar a los partidos y al sistema en estas elecciones es llevar a la mayor parte de las Gobernaciones, Alcaldías, Concejos Municipales y Juntas Parroquiales a candidatos independientes de los "cogollos", sean o no militantes, rechazando en positivo, es decir, participando masivamente en las elecciones y, a través del voto, reducir el espacio de arbitrariedad partidista poniendo en la mayoría de los cargos a quienes no tiene ese tipo de compromiso. De esta manera se rompe la "polarización", iniciamos una transformación democrática del sistema político y mantenemos abierta la posibilidad de una "salida" a la crisis cuyo sujeto sea la ciudadanía.